

SANTA BEATRIZ DE SILVA Y LA EUCARISTÍA

Sor M^a Nuria Camps Vilaplana, OIC

Educada en un ambiente cristiano y bajo la guía y cuidado de los Hermanos Menores, Santa Beatriz creció ya, desde su infancia, en contacto con el misterio eucarístico.

En Castilla, durante su juventud y siendo dama de corte de la reina Isabel, la vemos frecuentar el Convento de Hermanas Clarisas en Tordesillas (Valladolid). Ahí, durante largos ratos se entregaba a la oración, recibía el Cuerpo de Cristo y acudía al culto eucarístico.

Ante el Sagrario el Señor confirmará, llegado su momento, el comienzo de la fundación de la Orden de la Inmaculada Concepción, misión que ya le había sido encomendada por la Virgen María en la visión del cofre años atrás.

Cuentan que permaneciendo ante el Sagrario, verá cómo la lámpara que lo iluminaba, se apaga volviéndose a encender por sí misma, viendo bajo este signo el anuncio de su cercana muerte y de cuanto había de acontecer a su Orden naciente:

Encontrándose en oración, se le apareció Nuestra Señora la Virgen María el día quinto después de la publicación, y le dijo: “Hijita, dentro de diez días estarás conmigo, porque no es nuestra voluntad que tú goces en la tierra lo que deseas”.

Esta señora doña Beatriz, yendo una vez a maitines, según que acostumbraba, halló la lámpara del Santísimo Sacramento muerta; y, poniéndose en oración, la vio manifiestamente encender, no viendo quién la encendió; y tras esto oyó una voz, según ella después lo descubrió, que bajamente le dijo: “Tu Orden ha de ser como esto que has visto, que toda ha de ser deshecha por tu muerte; mas, como la Iglesia de Dios fue perseguida al principio y después floreció y fue muy ensalzada, así ella florecerá y será multiplicada por todas las partes del mundo: tanto que en su tiempo no se edificará casa alguna de otra Orden; mas primero será muy perseguida de amigos y enemigos, y habrá en ella tanta tribulación, que muchas veces llegará a ser asolada”.¹

Según los testimonios recogidos en el proceso sabemos que durante los años que permaneció en el Monasterio de Santo Domingo el Real, viviendo el estilo de vida de las monjas aunque sin emitir ninguna profesión, vivió intensamente su oración. Su amor a la Eucaristía se expresaba en la frecuencia con que participaba en el Sacrificio de la Misa, en los largos ratos de oración pasados en adoración Eucarística y en su dedicación a la confección de ropas dedicadas al culto:

La Sierva de Dios doña Beatriz de Silva durante el curso de toda su vida fue /.../ devotísima del Santísimo Sacramento del altar, por lo que oía muchas Misas cada día con particular devoción y comulgaba con mucha frecuencia.

¹ Cf. Biografías recogidas en la *Positio*

Tuvo gran devoción a la pasión de nuestro Señor, contemplando en la oración los misterios de Él, y en particular el santo sacrificio de la Misa, a la cual asistía todas las veces que le era posible.

Esta Sierva de Dios fue dotada de la virtud de la fe y de todas las demás virtudes en general, como después se probó en su devoción al santo sacrificio de la Misa y al Santísimo Sacramento.²

Los amores de Santa Beatriz.

La tradición nos ha hecho llegar los conocidos “tres amores de santa Beatriz”: la Pasión de Cristo, la Eucaristía y la Virgen María en el misterio de su Concepción Inmaculada.

Son tres amores aparentemente diferentes y, sin embargo, muy estrechamente interrelacionados en su vida espiritual. Contemplar uno de ellos nos obliga a detenernos en los otros, ya que en la oración de santa Beatriz son amores y misterios inseparables. Cada uno despertaba resonancias insospechadas en el corazón contemplativo y delicado de santa Beatriz. De estos tres amores impregnó su espíritu de la humildad y pobreza, que después legaría a sus hijas en herencia espiritual como “divino camino” abrazado por nuestro Señor Jesucristo y su Madre Bendita.

No debemos olvidar que los relatos biográficos nos presentan a Santa Beatriz como una mujer unificada en su personalidad humana y sobrenatural, equilibrada en su psicología y dotada de gran capacidad de contemplación. Todo ello la capacitaba con las aptitudes necesarias para percibir la riqueza del misterio divino y sus diferentes aspectos, en su totalidad, sin disgregaciones ni rupturas. No hay oposición entre los distintos semblantes espirituales de su vivencia interior, sino complementariedad. Esto nos obliga a asomarnos al interior de santa Beatriz de la misma forma que ella lo vivía, con globalidad y armonía.

Mirando desde María...

Si María es *Inmaculada*, lo es en virtud de su maternidad divina y, por tanto, decir María es evocar al Hijo de Dios para cuya encarnación el Padre preparó una “digna morada”. Este Hijo, que después se hará Pan de Vida en las manos de los sacerdotes al pronunciarse las palabras de la consagración, se hizo primero carne entregada para la vida del mundo, en el seno de la Virgen Madre.

En María, la *llena de gracia*, santa Beatriz pudo contemplar al Redentor, hecho hombre para nuestra salvación, entregado hasta la muerte de cruz y dado en alimento para nuestra santificación.

De la *mirada a María* brotó suavemente la mirada al Hijo y en Él, el fin por el cual se hizo hombre. Así santa Beatriz, al contemplar a la Madre de Dios fue introducida en la contemplación de todo el misterio de la salvación centrándose en el acontecimiento central de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. El amor a María Inmaculada la conduce al Calvario, primero, y a la gloria de la Pascua, después.

Ya en *el Cenáculo*, María es referencia de unidad para la Iglesia naciente que ora junto a Ella. Sabemos que la Virgen, Madre de la Iglesia, encomendada al cuidado de San Juan, estuvo presente también en las celebraciones eucarísticas de la primera generación cristiana.

² Cf. Declaraciones y testimonios contenidos en *Positio*

De la contemplación estrecha de María, de la comunión con los sentimientos más íntimos que encerraba el corazón de la Madre, pudo muy bien santa Beatriz alimentar su vida Eucarística.

Mirando desde el Calvario...

El amor de santa Beatriz a la Eucaristía está en estrecha relación con el misterio Pascual de Cristo. En las declaraciones de los testigos del proceso se habla acerca del amor que Santa Beatriz profesó hacia la Eucaristía. Lo presentan casi como una consecuencia de su *devoción a la pasión de Nuestro Señor*.

El Santísimo Sacramento es contemplado en el mismo momento en el que fue instituido. Al adorarlo dentro del marco soteriológico, la víspera de la entrega de Cristo a la muerte de cruz, viene a insistir en la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Porque era devota de la Pasión, lo era también del *santo sacrificio de la Misa*. En la vivencia fiel y asidua de la Eucaristía se encontraba con el amor de Dios a los hombres y así expresaba ella su amor y gratitud a Cristo por su Pasión.

Al mismo tiempo, mirando al Calvario, santa Beatriz descubre de nuevo la figura de María Inmaculada. La Llena de gracia es ahora también, y especialmente ahora, la corredentora, la Madre oferente que presenta al Padre el sacrificio de su Hijo, el Cuerpo y la Sangre ahora derramadas, que un día hicieron morada y crecieron en el seno de María y que en ningún momento abandonaron su Corazón Inmaculado.

El amor a esta Madre Inmaculada, que en virtud de su plenitud de gracia pudo unirse especialmente al sacrificio de ofrenda del Hijo, capacita a santa Beatriz para hacer ella también de su vida una ofrenda de muerte y de vida.

Alimentada con el Pan de Vida, enamorada del Cristo que padeció por nosotros y alentada por el ejemplo y la intercesión de la Llena de gracia, pudo vivir santa Beatriz en fidelidad las angustias de su encerramiento en Tordesillas, el temor de su peregrinación hacia Toledo, la larga espera de treinta años en Santo Domingo, la inquietud de la pérdida del documento fundacional por el que tanto había trabajado y, al fin, la renuncia a ver -en la tierra- el nacimiento y la expansión de la Orden.

Inmolaciones éstas que sólo desde la firmeza de una fe alimentada y sostenida por el alimento eucarístico es posible mantener fielmente hasta el último momento.

Mirando desde la Eucaristía...

El mejor lugar para encontrarse con el misterio insondable de la Encarnación del Verbo y de su entrega en la Cruz es, evidentemente, el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Mirando a Jesucristo Eucaristía, santa Beatriz contempla en la misma mirada el misterio de la Redención acontecido en el tiempo en el Gólgota, y en Él, a la Madre oferente.

En la Comunión eucarística su alma y su inteligencia espiritual eran dilatadas, como en su día lo fue el seno de María, para acoger y comprender cuanto Cristo hizo y padeció por nosotros.

Durante prolongados e intensos ratos de adoración eucarística de los que santa Beatriz gozó a lo largo de su vida, y especialmente en los largos años de vida oculta transcurridos en Santo Domingo el Real, gustó más y más de los bienes de Cristo.

Sin duda, la imitación mariana preparó su interior para acercarse hasta la profundidad del misterio divino y acogerlo.

Como María.

Santa Beatriz de Silva tomó a la Virgen Inmaculada como Madre y Maestra de toda su vida espiritual y de su seguimiento de Cristo. Fue fiel imitadora de las actitudes de María Inmaculada cuyo misterio honró y veneró fervorosamente a lo largo de toda su vida, dejando después esta misión en la Iglesia a su Orden y en ella a todas las Hermanas que van engrosando la familia concepcionista en el transcurso de la historia.

De la mano de María fue llevada santa Beatriz a la relación profunda con el Santísimo Sacramento y a los pies de Jesús Sacramentado incrementó su devoción mariana.

En la contemplación de la Virgen Madre encontró santa Beatriz al Hijo. En su seno primero y en sus brazos después, descubrió presente, vivo y real el Cuerpo de Cristo y pudo adorarlo.

De María Inmaculada aprendió en las actitudes necesarias para recibir este Cuerpo Sagrado. En la escuela de María, su Madre, santa Beatriz aprendió también ella a ser Madre de Cristo, a traerle en su corazón, en su pensamiento y en su alma, y a darlo a luz después a través de las buenas obras.

De María, llena de gracia, aprendió santa Beatriz a no poner ningún obstáculo de pecado a la recepción del Cuerpo de Cristo.

De María oyente asumió la escucha atenta y silenciosa del Verbo dentro de sí.

De María Virgen aprendió a hacerse capacidad para acoger dentro de Sí la Palabra del Padre y dejarla tomar carne en su corazón y en su vida, como lo tomó en las entrañas de la Madre.

De María y de su fiat asimiló la obediencia a las disposiciones del Verbo sobre ella y la docilidad al Espíritu Santo.

De María, mujer creyente, aprendió el abandono a la Palabra divina, y la confianza y el abandono pleno en las disposiciones del Padre, como el Hijo en Getsemaní, especialmente en las horas más oscuras de la fe.

Con María en Nazaret esperó la llegada de la hora en que había de fundar la Orden.

Con María oferente vivió en actitud de ofrenda las horas de aparente muerte y desaparición de aquella familia religiosa para cuyo nacimiento había orado y sufrido tanto.

Con las palabras de María también santa Beatriz entonó su canto de alabanza al Dios Salvador por las obras grandes que realiza en favor de los más pobres y pequeños.

En resumen

Con María Inmaculada, santa Beatriz supo acoger al Hijo de Dios hecho carne, comulgar con su Cuerpo y Sangre, participar en la ofrenda de sí mismo ofreciéndose ella también y compartiendo sus padecimientos.

Con María Inmaculada, santa Beatriz escuchó, creyó, recibió, acogió, obedeció, esperó, confió, adoró, amó y cantó al Dios, Uno y Trino, Creador y Señor de nuestra vida y de nuestra historia.

Son, en definitiva, las actitudes y las obras que toda alma eucarística está llamada a desarrollar en su vida haciéndolas realidad viva en el mundo de ayer, -en los tiempos de María Inmaculada y en la época de santa Beatriz de Silva-, y hoy en los corazones de las Concepcionistas.

